

17
Y

2188

1873

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Sala de Patrimonio Documental

2

CAMILO DE CAYZEDO.

UNIVERSIDAD

EAFIT

Sala de Patrimonio Documental

BOGOTÁ:
IMPRESA DE EL TRADICIONISTA.
1873.

y
2188

1873

Bogotá 8 de noviembre de 1872.

SEÑOR DON JUAN B. ORTIZ.

Mi respetado señor y amigo:—En la confianza que me inspira su bondad natural y la fina y generosa amistad que V. me dispensa, he puesto confidencialmente en sus manos apuntamientos íntimos de familia, entre los cuales se halla la relacion minuciosa que he llevado de mi dulce y llorado hijo CAMILO desde su nacimiento. V. sabe que en el uso que V. haga de esta confianza, no deseo otra cosa, como siempre se lo he expresado, que honrar la memoria de un hijo que nunca, nunca llegó á darme el más ligero motivo de pena; ¿qué digo?.....ni aun la más insignificante y pequeña molestia, durante toda su vida, y sí por el contrario, dias de consuelo, dias de esperanza, dias de las más dulces satisfacciones domésticas, pues él era el hijo más cumplido, fino y respetuoso, al mismo tiempo que departia conmigo la más íntima y cordial confianza cual tierno amigo. ¡Ay! V. leerá sus cartas confidenciales, y por ellas conocerá que nada exagera el amor paterno.

Y no solamente era ésto cual hijo perfecto, sino que tambien era un modelo de hermanos; solícito y cuidadoso con los suyos, cuya educacion veia con tanto interes; dulce, atento y finísimo con sus hermanas, cuya suerte miraba con el más tierno cuidado. Era este hijo, amigo mio; tan completo, que ahora he dicho muchas veces, que si Dios hubiera tenido la incomparable bondad de preguntarme: ¿cuál quieres que sea tu hijo? no habria tenido qué añadir á los bondadosos dones con que Su Majestad lo habia enriquecido.—Pero el Señor me dió este hijo tan perfecto; el Señor me lo quitó; que sea bendita y adorada su santísima voluntad!.....

Al poner en manos de V. estos apuntamientos de familia que ni aun mis hijos han llegado á ver, he deseado no solamente honrar la gratisima memoria de mi llorado hijo, sino tambien presentarlo como un modelo del más perfecto hijo, del hermano más fino y generoso y del más fiel amigo. Dios reciba mi inmensa gratitud por todas las bondades y misericordias que me ha dispensado, y la resignacion y entera conformidad con lo que se ha dignado disponer de mí, que no merezco sino su justicia.

En mi estado actual, no puedo extenderme más, amigo mio, sino para ofrecerle desde ahora mi sincera gratitud y la de mi familia por todo lo que haga V. para honrar una memoria tan amada por este su affigidísimo amigo y respetuoso servidor, Q. B. S. M.

FERNANDO DE CAYZEDO.

CAMILO DE CAYZEDO.

En una casa cuyo aspecto y menaje distan lo mismo del esplendor de la opulencia que de la desnudez de la miseria, y cuyo mejor y más rico adorno son los retratos de obispos, próceres de la Independencia y nobles matronas, en medio de los cuales no escasean las devotas y bellas imágenes que constituían el lujo de las buenas casas de otros tiempos, se hallaba reunida una mañana del último octubre una de las pocas familias de antiguo y limpio nombre que conservan todavía una posición decente, ya que no brillante, desconocidas en los círculos elegantes y en el mundo político, de ninguno aduladas pero respetadas de todos. El padre, de edad sexagenaria, en cuya frente coronada ya de cabellos plateados más que por los años por los pesares, se retrata la serenidad de una alma exenta de remordimientos, jugaba con dos ó tres hermosos niños, mientras los hijos, gloria de su

edad madura y esperanza de su vejez, platicaban alegremente, esperando cada cual el momento de ir á sus diarias ocupaciones.

Llegada ésta, el padre salió el primero con una carta en la mano: en ella enviaba la expresion de su ternura y los consejos de su experiencia al mayor de sus hijos, ausente hacia algunas semanas. A pocos instantes volvió á entrar, demudado el rostro y vacilando, acompañado de un caballero en cuyas facciones se pintaban la angustia y el embarazo.—¿Qué habia ocurrido? Algunos momentos despues, al cuadro de plácida felicidad que arriba pintámos, habia sucedido otro de indescribible consternacion: el padre yacia de rodillas, pálida la faz y bañada en llanto, repitiendo con acentos entrecortados las palabras de Job: “El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor;” miéntras los hijos, ménos fuertes ó ménos familiarizados con el dolor, daban gritos ahogados y caian desvanecidos en torno suyo.

Qué habia ocurrido?—El hijo á quien el jefe de la familia iba á enviar la carta llena de amor que habia tomado al salir, habia perecido la víspera, víctima de un accidente imprevisto: era la perla de la casa, y los que tanto pensaban en él, ya no lo volverian á ver!

La familia en cuyo hogar hemos introducido al lector es la de don Fernando de Cayzedo, y el que acababa de morir ahogado en el rio Magdalena, CAMILO DE CAYZEDO.

Algunos momentos despues llegó á nuestros oidos la noticia, poco ménos fatal para nosotros que para los deudos de CAMILO: desconcertados, aturdidos, y humedeciendo en lágrimas la pluma, escribimos á peticion del señor Redactor de *El Tradicionista*, un recuerdo del amigo que habia partido, prometiéndonos desde entónces hacerlo luégo con mas extension, pues memoria para nosotros tan cara, de algo más nos parecia digna que de una simple necrología.

Los periodistas todos pagaron á esa memoria el tributo de sus elogios, como lo han pagado cuantos á CAMILO conocieron, siquiera fuese de nombre, lo mismo en Colombia que en el Ecuador; pero esos elogios, semejantes á los que á todo muerto se prodigan, por muy expresivos que fuesen, no bastaban para formar la corona fúnebre de CAMILO. Su vida fué corta pero no estéril, y era preciso mostrar los frutos que habia dado para que no fuesen perdidos; era preciso seguirle al recinto de la familia, para contemplarle allí modelo de buenos hijos y de hermanos; acompañarle á los colegios donde cosechó copiosos laureles, y detenerse al fin un instante

en los últimos años, que dividió entre los trabajos del ingeniero y los del escritor. Esto es lo que nos proponemos hacer, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas y á favor de los preciosos datos que nos han sido bondadosamente suministrados por el padre de CAMILO.

El que no sepa hallar nada interesante en una existencia que se deslizó casi toda oscura y tranquila en el seno del hogar doméstico, sin ruidosos episodios ni romancescas peripecias, no lea estas líneas; las dedicamos únicamente á aquellos á quienes cautiven las virtudes sin ostentacion y la vida retirada, modesta, sencilla, monótona si se quiere, pero siempre bella, de una familia cristiana. El vivo interes que ha despertado la historia íntima de los condes de La Ferronnays, nos hace esperar que no serán tan pocos, y á éstos prometemos rica cosecha de buenos ejemplos.

Hay por fortuna en nuestra pobre patria muchas familias que conservan todavía, con la fe pura y la tierna piedad de nuestros abuelos, aquilatadas en las dolorosas luchas de la época presente, la dignidad y el decoro de las buenas casas españolas. En esas familias la voz de la conciencia se consulta y se escucha siempre, y su dictámen arregla todas las acciones, desde las más importantes y trascendentales hasta las más insignifican-

tes; los intereses del alma se anteponen á todos los demas; los padres, severos sin dureza y cariñosos sin complacencias indebidas, convencidos de que Dios quiso que fuesen ante todo los sacerdotes del hogar, invigilan y dirigen todas las acciones de sus hijos sin abandonarlos á ninguna hora, sembrando en sus almas con solícito cuidado la semilla de las virtudes, extirpando todo gérmen de vicio y evitando todo peligro á su inocencia. En esas familias los hijos vienen todavía á mañana y noche á saludar respetuosamente á los autores de sus dias y recibir en cambio de ese saludo la bendicion que debe dar tranquilidad á su sueño ó hacer prosperar su trabajo; en esas casas el padre preside diariamente la oracion comun y las honestas recreaciones en que los extraños no tienen parte, y las costumbres todas están modeladas segun el tipo que el Evangelio creó y que, mediante Dios, no desaparecerá de entre nosotros.

Tal es la familia que lleva el apellido de CAYZEDO, que heredó del primer mártir de nuestra Independencia, y recibió dotado con honrosísimos recuerdos. Oriunda del valle del Cauca, tan fecundo en hombres de mérito, ha contado siempre entre sus miembros notabilidades, pero su mayor prez son sus tradiciones de honor y de virtud. En su hogar bendito han reinado siempre la fraternidad

cristiana y la paz de Dios; las alegrías son en él inocentes y puras, los dolores silenciosos y resignados; el lujo, las fiestas mundanas, la frivolidad liviana y la vanidosa ostentacion no han penetrado en ese santuario donde reinan la moderacion y el temor de Dios, y donde por lo mismo jamas han turbado el sosiego ni las querellas domésticas ni la vergüenza de las malas acciones.

A ese hogar llevó don Fernando en 1838 á una jóven, no solo digna de abrigarse en él sino capaz de embellecerlo, vástago de una familia ilustrada tambien con nobles acciones, educada con esmero, espiritual, hacendosa, modesta, tierna en sus afectos y de acendrada piedad: la señorita Aquilina Martínez de Pinillos, y en el mismo vió la luz CAMILO el 19 de enero de 1847. Tres ángeles le habian precedido que apénas abrieron los ojos, cambiaron una sonrisa con la primera caricia materna y se volvieron al cielo, y una peligrosa enfermedad que acometió á éste en los primeros meses hizo temer á los padres que se les fuese tambien. Acudieron á Dios y á su santa Madre con fervientes oraciones y, despues de haber hecho administrar al niño el sacramento de la confirmacion, ofrecieron por su salud una peregrinacion á Chiquinquirá; y Dios, en sus inescrutables designios, decidió conceder lo que le pedian y

guardarles para más tarde, cuando ya pudieran medir todo el valor del tesoro que les habia conservado, el dolor de perderlo. Así procede el Señor á veces para enseñarnos, con duras lecciones, á no cifrar nuestra esperanza en ningun bien de la vida presente.

Los agradecidos padres emprendieron pronto el piadoso viaje con el niño, á quien fueron á presentar á la Virgen ante la milagrosa imágen suya que en Chiquinquirá se venera, y fué sin duda entónces cuando la madre comun de los cristianos le alcanzó de Dios, con la salud que readquirió completamente, la dulzura de carácter que CAMILO supo armonizar tan bien con la firmeza varonil del que obra siempre movido por el amor del bien y la conviccion del deber.

Esas dos cualidades, tan rara vez unidas, le distinguieron desde su primera infancia: á la edad en que el comun de los niños ni puede sufrir la menor incomodidad ni sabe comprender el sufrimiento ajeno, él soportaba ya con paciente firmeza el dolor, al propio tiempo que sentia compasion por los otros niños cuando los veia llorar por miedo al castigo, y procuraba ayudarles en sus labores aun arrostrando el peligro de sufrir la pena que á otros se esforzaba por evitar.

Terminado el aprendizaje de las primeras letras, que hizo alternativamente en la casa paterna y en una pequeña escuela regentada por virtuosas institutoras, entró en 1856 á la que acababan de fundar don Ignacio Gutiérrez y don Ricardo Carrasquilla. Los niños que allí se educaban eran todos de corta edad y pertenecientes á familias respetables; pero don Fernando, no creyendo que esto fuese suficiente garantía, sobre todo contra los peligros que la inocencia de su hijo pudiera correr en la calle, se impuso el deber de conducirlo diariamente á la escuela y de allí otra vez á la casa, con lo cual, dice él mismo, no sólo evitaba todo mal ejemplo, sino que insensiblemente le acostumbraba á mantener en la calle el porte circunspecto y digno que debe distinguir siempre á un caballero.—Singular medida de ternura y de prudencia que, si más general fuese, evitaría al atolondramiento de la primera edad, el más grave de los riesgos: el de las malas amistades.

El buen carácter de CAMILO no tardó en grangearle el cariño de sus maestros, y su aplicación y clara inteligencia le colocaron presto á la cabeza de sus clases, puésto que conservó siempre en los colegios que frecuentó.

El partido que entre nosotros se muestra favorable al catolicismo habia vuelto al poder por aquellos dias,

y esa vuelta permitió á los amigos de la Compañía de Jesus procurar el regreso al pais de los Padres expulsados en 1851. Don Fernando siente por los jesuitas el cariño entusiasta que les profesan todos los buenos católicos, y cree (cosa que es cierta aun cuando pugne con preocupaciones en boga) que es difícil encontrar ni mejores directores que ellos para las conciencias cristianas ni más hábiles institutores para la juventud; idea tan arraigada en él, que, á pesar de su vehemente deseo de ver entrar en la plenitud de la vida cristiana á dos de sus hijos ya casi adolescentes, y de la conciencia que tenia de que CAMILO era apto para ello desde muy niño, aguardó con paciente perseverancia la llegada de los Padres para confiarles con la direccion de su alma la de todos los pedazos de esa misma alma que embellecian y alegraban su hogar.

El 25 de abril de 1858 llegó por fin para CAMILO y para una de sus hermanas, preparados ámbos por el P. Luis Segura, el dia bendito de la primera comunión, que fué celebrado en la casa como lo celebran las buenas familias cristianas, con inocentes regocijos en medio de los cuales se ofreció á los niños un festin sencillo, remedo de los ágapes de los primeros cristianos.

La Compañía de Jesus se hizo cargo del Colegio de San Bartolomé al principiar el año de 1859, y, como era

de suponerse, CAMILO fué uno de los primeros alumnos internos con que contó: sólo para confiarlo á los Padres se resignó don Fernando á separarlo de su lado, pero por entónces su sacrificio fué inútil, y su más ardiente deseo no pudo realizarse. A los pocos meses, en la procesion del Córpus, CAMILO sufrió por largo rato los rayos de un sol quemante que su delicada salud no pudo resistir, y fué acometido de una violenta insolacion, despues de la cual quedó por largo tiempo lisiado de dolores de cabeza que no le permitian hacer esfuerzo alguno mental. Durante ese tiempo volvió al Liceo de la Infancia, cuyo suave régimen se avenia mejor con su estado.—Al fin á fuerza de cuidados recuperó la salud, y en febrero de 1861 volvió al Colegio de San Bartolomé, prometiéndose recuperar pronto el tiempo perdido.—Ya era tarde: es cierto que á los dos meses el nuevo alumno estaba á la cabeza de su clase, y que á los cuatro, despues de haber obtenido numerosos premios, habia sido admitido en la Congregacion de la Santísima Vírgen que los Jesuitas forman siempre con la flor de sus discípulos; pero miéntras el pobre niño, ignorante de lo que pasaba en el mundo, se gozaba en sus triunfos soñando con alcanzar á los jóvenes que los Padres habian tenido á su cargo desde el principio, y entre los cuales se cuentan los más

de los pocos que hoy brillan por su clásica educación, al rededor de su tranquilo Colegio bramaba furiosa la tempestad, y los últimos valladares que se le habían opuesto iban cediendo.

Un día los niños sorprendidos oyeron desde sus clases rumores de batalla, gritos, toques de corneta y fuego nutrido de fusilería, y vieron á sus maestros, tan serenos siempre, tristes y azorados. El rumor fué acercándose; las voces de los combatientes y los ayes de los heridos, los tiros y los toques se oían cada vez más cerca; por fin, llegaron al pié de las ventanas y cesaron; pero entónces á los alegres repiques de las campanas que anunciaban la victoria del bando más afortunado, se mezclaron gritos que causaron más espanto á los discípulos de los Jesuitas que el silbar de las balas y el estampido del cañon, porque esos gritos eran amenazas de muerte contra sus maestros.

Al día siguiente éstos tuvieron que tomar el camino del destierro, y CAMILO, demasiado niño para seguirlos, volvió á su casa, donde le aguardaban horas harto crueles.

Su pobre madre, demasiado sensible para resistir las angustias y sobresaltos de aquellos aciagos días, despues de haber dado á luz á su último hijo casi entre el ruido del combate, yacia moribunda en el lecho del dolor, y

los que la cuidaban procuraban con esmero ocultarle las desgracias públicas, cuya noticia temían agravase su situación. Como todas las personas que no formaban parte del partido vencedor, se afligían y lloraban, sobre todo al ver el carácter violento y perseguidor que ese bando empezaba á desplegar para con la Iglesia católica; pero lloraban en secreto, y al llegar á donde la enferma estaba se enjugaban las lágrimas y hacían supremos esfuerzos para mostrar serenidad. La presencia de sus hijos le habría revelado el destierro de sus mejores amigos causándole con ello terrible amargura, y para evitarle ésta los mantuvieron ocultos. Largas semanas permaneció CAMILO así, sabiendo que su madre se moría, anhelando por verla y huyendo de ella, hasta que al fin llegó el día en que, agotados los recursos que la ciencia y la ternura pueden poner en acción para salvar una vida preciosa, fué necesario administrar á la enferma el viático de la eternidad. Ese día se acercó á ella para recibir con el beso postrero la postrera bendición, y confesar ante el Dios sacramentado que visitaba su hogar, la fe que recibía como única herencia, no para dejarla perecer como tantos otros jóvenes ahogada entre las malezas que hacen brotar en sus corazones la soberbia y la frivolidad, sino para hacerle producir opimos frutos de virtud.

El 20 de setiembre de aquel año la casa en otro tiempo feliz de don Fernando ofrecia el espectáculo á la vez doloroso y sublime de una muerte entre cristianos. En una cámara convertida en devota capilla se despedia para el cielo la bella y santa mujer que habia sido por largos años el verdadero ángel de aquella morada, á veces embellecida con las alegrías que Dios concede al hombre aun en su destierro, á veces visitada por el dolor, pero siempre bendita; se despedia bendiciendo á los suyos y fijando en el cielo, para donde decia iba á partir, una mirada turbia ya, pero serena como su conciencia y tierna como su alma, sin convulsiones, sin agonía, sin estertor. Un sacerdote anciano oraba á la cabecera del lecho, y al rededor, postrados, con la frente contra el polvo repetian las preces el esposo y los hijos de la moribunda. De repente el sacerdote cayó de rodillas pronunciando las últimas palabras de la despedida: "Sál, alma cristiana, de este mundo," y los demas lanzaron un grito: el sacrificio estaba consumado; el esposo era viudo, los hijos huérfanos, y en el lecho habia solo un cadáver semejante á una bella estatua de marfil en cuyos labios habia quedado impresa una sonrisa, huella del espíritu que acababa de partir.

Sublime poder de la religion!—Esa familia, en medio

de tan supremo dolor, en vez de lanzar al cielo impre-
caciones y lamentos, solo tuvo palabras de amor y de
bendicion: "sea hecha," repitió tres veces inclinando
hasta el suelo la frente cargada con el peso de un
inmenso infortunio; "sea hecha en todas las cosas,
alabada y para siempre ensalzada la altísima, justísima y
amabilísima voluntad de Dios," y despues ofreció á ese
mismo Dios por la patria tan afligida entónces, como
oblacion sus lágrimas, como incienso el alma que habia
volado. Dejemos hablar al mismo actor:—"En seguida,
dice don Fernando, por una inspiracion que no puedo
decir sino que fué de Dios y con una intensidad que
tampoco puedo explicar, ofrecí al Señor, con la más
grande y espontánea cordialidad, este mi sacrificio, im-
plorando su misericordia infinita á fin de que se digne
conservar en nuestra infortunada patria la religion santa
que heredamos de nuestros padres, y añadí con la más
grande excitacion que, si su Divina Majestad exigia de
mí mayores sacrificios, estaba pronto á hacerlos con tal
de que el catolicismo se conservase en la Nueva Grana-
da, y que hacia esta ferviente plegaria hoy que tan ame-
nazado estaba de ser destruido en este infortunado suelo.....
Quedé despues rodeado de mis hijos, de mis ocho huér-
fanos sumergidos en la más profunda tristeza."

Este rasgo escrito en un libro de confidencias íntimas destinado á ser leído únicamente por los que habian sido testigos de la escena, pinta el carácter y la idea dominante de los que así hablaban en tales circunstancias; y como don Fernando y sus hijos piensan y sienten todos los católicos. ¿Qué mayor tiranía puede haber, pues, que la que ejerce su presion sobre el sentimiento más hondo, más vehemente y arraigado del alma? ¡y esa tiranía se ejerce en nombre de la libertad y de la filantropía! Oh sarcasmo!

Volvamos á la familia Cayzedo. La voz dulce de la esperanza cristiana dejó oír, sin duda, entre los sollozos sus grandes promesas; las oraciones que subieron al cielo formando el cortejo del alma que partia, debieron de volver á los corazones de los huérfanos trocadas en lluvia de consuelos..... Ello es que el ángel de la resignacion bajó pronto al hogar entristecido de don Fernando trayendo el bálsamo que cura las heridas del alma.

Entre los ocho huérfanos habia algunos más dignos de compasion que los otros: los más pequeñitos. Para el que dejó de sentir ántes de poder darse cuenta de lo que le pasaba, para el que en la primera infancia dejó de sentir en sus mejillas el dulce beso materno y de dormirse al suave calor del seno en que recibió la vida, los

más dulces goces de la tierra son lo que los colores para el ciego de nacimiento: una cosa de que oye hablar, pero de la cual no puede formarse idea. Crece como la yedra que no tiene tronco á que asirse, débil y mustio, sin que todos los otros afectos que pueden rodearlo basten para dar á su alma el calor que las caricias de la madre dan. CAMILO, aunque niño, comprendió esto, y con una abnegación de que acaso no haya otro ejemplo en un jóven, se propuso llenar al lado de la cuna de uno de sus hermanitos, débil y enfermo, el vacío que la muerte acababa de dejar. Velaba por la noche largas horas cuidándolo con maternal ternura, para dividir luego el día entre sus propios estudios y la enseñanza de sus otros menores hermanos.

Este tierno afecto por los suyos suele ser la cualidad con que Dios compensa las inmensas desventajas de los caracteres pusilánimes y apocados, pero en CAMILO, por un raro privilegio, estaba unido á la energía varonil que vino á desplegar despues en el cumplimiento de otros deberes. Con la misma naturalidad con que desempeñaba las funciones de madre junto á la cuna de un niño enfermo, hacia el papel de jefe de la familia cuando don Fernando, perseguido por el delito de no ser revolucionario, se veia en la necesidad de ocultarse ó de huir.

Pasados los primeros meses de desconcierto y terror

que siguieron al triunfo de la Revolución, pudo el señor Carrasquilla abrir de nuevo el "Liceo de la Infancia," al cual volvió el joven CAYZEDO, ya como alumno profesor aun cuando apenas contaba quince años. Sus notables aptitudes para las matemáticas, lo mismo que para todos los estudios que requieren más el ejercicio del entendimiento que el de la memoria, le colocaron á la cabeza de las clases de álgebra, geometría y fundamentos de la fe, en las cuales, despues de haber recibido muchos premios durante el año, que fué el de 1862, obtuvo la calificación de sobresaliente en el exámen final.

Al fin llegó el dia solemne de la distribucion de premios: el patio de la casa del Liceo, los corredores y aposentos inmediatos estaban colmados de gente, y entre discursos, músicas y alegrías, los jóvenes más aprovechados iban recibiendo sus diplomas, sus libros, sus coronas.

Cuando llegó su turno á CAMILO DE CAYZEDO hubo una pausa solemne: á las recompensas del maestro agregaba la suya el padre, acompañándola con una carta que el agraciado oyó leer entre sorprendido y avergonzado, mientras los circunstantes lloraban y aplaudian. Esa carta contenia la relacion de los actos de virtud ejecutados en el hogar paterno y que CAMILO no se habia imaginado pudiesen ser conocidos fuera.

La doble corona de hijo y de estudiante modelo que en ese día alcanzó, en vez de lisonjear su amor propio le sirvió de estímulo para seguir adelante en el camino del bien.

En 1863, cuando las iglesias estaban desiertas, los altares desnudos y los sacerdotes ocultos ó dispersos, él, venciendo dificultades para otros insuperables, recibía con frecuencia los sacramentos, en cuya práctica se robusteció su alma. Al llegar la distribución de premios del Liceo en aquel año se repitió la escena del anterior, y repetídose hubiera en 1864 si el interés con que los Jesuitas de Quito solicitaban de don Fernando les enviase á sus hijos para educarlos, no le hubiese comprometido á ponerlos en vía ántes del fin de aquel año. El señor Carrasquilla expidió entónces á CAMILO el siguiente testimonio:

«Certifico que durante el tiempo que ha permanecido en el Colegio ha tenido una conducta irreprochable, distinguiéndose entre todos sus condiscípulos por una acendrada piedad y por un juicio superior á sus pocos años.

«Que por su notable aplicación ha obtenido siempre los primeros puestos en todas sus clases.»

Aquí enumera las materias que ha cursado, y con-

cluye así: «y últimamente, que ha pertenecido siempre á la Legion de Honor, sociedad establecida en mi Colegio con el objeto de premiar la virtud y la aplicacion, y que ha tenido dos veces la honra de presidirla, nombrado por los votos de sus condiscípulos.»

El 9 de diciembre partió de esta ciudad con su hermano Manuel que iba á educarse con él y cuya compañía debia constituir su único consuelo en esta primera y larga ausencia del techo paterno. El señor Manuel Salvador Romero se hizo cargo de conducir á los dos jóvenes hasta Quito y don Fernando quiso acompañarlos hasta Honda. Allí recibieron el dia 14, á bordo del vapor *América*, la bendicion de su padre: la de Dios y de María la habian recibido el 8 en Bogotá. Hé aquí cómo refiere el mismo actor el trance de la separacion, tan duro para todos: — «Estuve todo el dia con mis hijos y pernocté con ellos á bordo, pero no hallándome con fuerzas para despedirme y queriendo evitar esta pena á mis amadísimos hijos, el dia 14 madrugué mucho, me postré de rodillas cerca de la cama de mis queridísimos hijos que dormian, elevé mi corazon á Dios, los bendije muchas veces y me arranqué de su lado.».....

¿Al dolor mudo y resignado que pinta este rasgo escrito con tan elocuente y tierna sencillez, se mezclaria

algun presentimiento de la catástrofe que ocho años más tarde habia de tener lugar en aquel mismo sitio? Dios lo sabe! Don Fernando volvió á consolarse en medio de sus otros hijos de la ausencia que dulcificaban tantas esperanzas, mientras CAMILO y Manuel siguieron su viaje por la via de Panamá y Guayaquil.—CAMILO envió en sus cartas una descripcion de él, por la cual se ve que miraba con la curiosidad de un niño y juzgaba y analizaba con el aplomo de un hombre maduro.

En Quito como en Bogotá su carrera fué una serie de triunfos. Poco tiempo despues de su llegada escribia el Padre Hernaez á don Fernando: "Sus hijos no nos dan que hacer; son dos alhajas preciosas que tenemos aquí. CAMILO es un jóven de cien años, angelical en sus costumbres, juicioso, lleno de madurez, aplicado, consagrado al estudio, metido en su Congregacion, de la cual es prefecto..... Es la salsa que sazona el Colegio, y más bien hace él solo que todos los buenos juntos.»

Los años escolares en el Ecuador principian en setiembre y terminan en junio; CAMILO llegó á mediados de enero de 1865, en junio presentó exámen de las materias que comprenden, conforme al plan de los Jesuitas, los dos primeros años de estudio, y en los dos meses de vacaciones ganó el tercero. Esos tres años comprenden

no solamente los ramos que él habia aprendido en Bogotá, sino varios otros, entre los cuales figuran las lenguas latina y griega. Para adelantar en siete meses lo que requiere un tiempo cinco veces mayor, CAMILO se levantaba á las cuatro de la mañana y estudiaba hasta en las horas de recreacion, y como esto no bastase renunció al asueto, y miéntras sus condiscípulos y su mismo hermano se solazaban en el campo, permaneció dos meses solitario en el Colegio. Solo cuatro dias tomó de descanso para visitar el cráter del Pichincha.

En setiembre siguiente se abrió por primera vez la clase de Retórica y él fué uno de los alumnos fundadores.

Durante todo el año escolar estuvo don Fernando recibiendo lisonjeros informes de sus hijos, y despues de los exámenes que tuvieron lugar en junio de 1866 llegó á sus manos, entre otras cartas llenas de elogios, una del Padre Hernaez en que le decia: «Lleno de gusto y satisfaccion escribo á V. hoy. Sus hijos han salido colmados de premios: esto no es gracia nuestra sino justicia debida á su mérito. La clase de Retórica dió golpe en toda la ciudad y CAMILO ha sido de los primeros.»

Razon tenia el Padre Hernaez, pues el discurso que en aquel acto pronunció el jóven CAYZEDO, de diez y ocho años de edad entónces, más que de un estudiante

parece obra de un escritor ejercitado ya en el manejo de la pluma: su forma es intachable, su estilo correcto y levantado al propio tiempo que lleno de claridad y de fuerza, y sus conceptos los de un talento maduro. Las glorias de Roma pagana comparadas con las de Roma cristiana fueron el tema que el imberbe orador desarrolló con no comun maestría, obteniendo justos aplausos no solo en Quito, sino aquí, donde don José Joaquín Ortiz consideró el discurso sobre las glorias de Roma digno de llenar las columnas de «La Caridad» que por lo comun solo dan acogida á producciones de sobresaliente mérito.

Al principiar el año de 1867 don Fernando se vió obligado por circunstancias independientes de su voluntad á pensar en el regreso de sus hijos, pero no pudo resistir á la instancia con que los Jesuitas le rogaban se los dejase algun tiempo más.—«No quiero,» le decia el Padre Proaño enumerándole los motivos en que apoyaba su deseo de retenerlos; “no quiero pasar en silencio otra razon que, haciendo mucho honor á CAMILO, debe casi decidir á V. á aceptar esta resolucion. Deseo que CAMILO permanezca más tiempo con nosotros, porque su presencia contribuye al buen nombre de nuestro Colegio, y su ejemplo arrastra á muchos otros jóvenes ecuatorianos por muy buenos caminos.»

En el año de 1867 fué reelegido prefecto de la Congregacion de la Santísima Vírgen, y más tarde incorporado en la Academia de literatura que los Padres acababan de fundar, despues de sufrir un exámen, especie de tremenda de dos horas y média, sobre varios puntos, y trabajar dos notables discursos, uno sobre la poesía descriptiva y otro sobre las excelencias de la Cruz, de los cuales el primero fué pronunciado al recibirse de académico y el otro en el ensayo ó sesion solemne con que la Academia cerró los certámenes. En aquel año, no solo recibió el primer premio en las clases de filosofía intelectual, física matemática y recitacion, sino que se le confirió uno especial, como al más aprovechado, piadoso, modesto y virtuoso de los alumnos, el cual consistió en una medalla de plata.

Grandes y justas eran, pues, las esperanzas que todos fundaban en aquel vástago privilegiado de un árbol ya tan fecundo en buenos frutos, pero la voluntad de Dios era que suspendiese los estudios que hacia en Quito y esa voluntad prevaleció. La madre de la que habia sido adorno y alegría de la casa de don Fernando se sentia ya próxima á la muerte, y cuando pensaba en su estado decia llorando: «ya no volveré á ver á mis nietos!» Fué preciso ceder á los deseos de la virtuosa an-

ciana y hacer poner en camino sin demora á los que con tanto anhelo deseaba abrazar: en enero de 1868 salieron de Quito por el camino de tierra, y despues de haber permanecido un mes en Cali, donde sus deudos los detuvieron, llegaron á ésta el 15 de abril apénas á tiempo para recibir la bendicion de la que no queria partir para el cielo sin decirles adios, CAMILO llegó, y la enferma, como si no hubiera querido morir en otros brazos, se reclinó en los que de tan léjos habian venido á sostenerla, y espiró.

Apénas repuesto del dolor que le habia estado aguardando, como buen amigo, á las puertas del hogar, CAMILO se dedicó con su genial ardor á repasar lo que habia estudiado para optar el grado de bachiller en literatura y filosofia, que le fué solemnemente conferido por el Rector de la recien fundada Universidad nacional, despues de un largo exámen sobre diferentes ramos, en el cual mereció el calificativo de sobresaliente.

Consagróse luego al estudio de los ramos superiores de las matemáticas, y en poco tiempo aprendió mucho de lo que necesita saber un ingeniero, de modo que, cuando en 1869 se emprendió la apertura del camino carretero al Magdalena por la via de Cambao, pudo ir á desempeñar el empleo de ayudante del ingeniero en

jefe, y tanto se hizo apreciar de los que allí le trataron, por su buena voluntad, su constancia en el trabajo y su inteligencia, que fué de los últimos que abandonaron la trocha cuando, no la naturaleza ni la falta de recursos sino la inconstancia y veleidad de nuestros gobiernos, hizo perder la esperanza de que se abriera el camino.

No fueron sin embargo los jefes de obra los que le dijeron adios llorando cuando se vino definitivamente á la ciudad; fueron los pobres jornaleros que tenían en él un amigo cariñoso y un decidido benefactor. CAMILO observó durante las primeras semanas de su permanencia en el Aserradero los dolores y el abandono que tenían que sufrir los trabajadores en el caso, hartos frecuente por cierto, de verse acometidos por la fiebre ó por otra enfermedad fruto de las privaciones á que continuamente vivían sometidos. Los veía pasar largas semanas tendidos en una barraca, sin lecho, sin médico, sin medicinas, sin abrigo, sin quien les diera un vaso de agua, y quedar con frecuencia enfermos para mucho tiempo cuando la naturaleza, no ayudada por ningun género de cuidados, podía prevalecer contra el primer mal. Tal espectáculo era demasiado duro para su alma, y con la voluntad decidida con que siempre obraba, se propuso evitarlo: en una de sus cortas visitas á la familia compró un boti-

quin homeopático y la obra de Hering y se puso á estudiar, y á la vuelta de pocos dias adquirió los conocimientos necesarios para ser útil de este nuevo modo á los jornaleros, haciendo entre ellos algunas curaciones que, bien fuesen efecto de la eficacia de los remedios, bien de la fe que supo inspirar á los enfermos y el régimen higiénico que les hizo observar, debieron sorprender al mismo improvisado médico. Creemos innecesario agregar que jamas aceptó nada ni por las recetas ni por las medicinas.

Corto fué el tiempo que CAMILO duró en el seno de su familia: el señor don Juan Nepomuceno Gonzalez Vazquez, último director de los trabajos por Cambao, habia podido conocer y apreciar allí al jóven ayudante, y llamado á dirigir la apertura de una nueva trocha que uniese la parte más poblada y comercial del Estado de Santander con el rio Magdalena por la via de Paturia, no creyó poder llevar mejor compañero que él.

Quien hubiera visto á CAMILO en el santuario del hogar cuidando al hermanito enfermo, ó viniendo en auxilio de la hermana que no podia ejecutar su labor, ó en fin, postrado ante el altar doméstico rezando el rosario en coro con la familia, habria creido hallar otro hombre en el ayudante de ingeniero que soportaba con tanto valor las fatigas de la vida de campaña que se lleva en

una exploracion, sin que se le hiciese duro pasar constantemente del calor de los climas tropicales al frio de los páramos y de éste á un calor aun más intenso; trabajar todo el dia expuesto al sol y á la lluvia y dormir á veces al raso, otras, en el fondo del bosque en una hamaca suspendida á los árboles, y cuando gozaba de mayores comodidades á la sombra de un mal toldo ó de una barraca improvisada. Así vivió más de dos años con cortas interrupciones, uno y medio que duró la apertura del camino de Cambao y algo más de otro medio que se gastó en la exploracion de Paturia; pero al regresar de este último punto su salud, ménos robusta que su voluntad, cedió al influjo de los climas y las privaciones, lo que le obligó á abstenerse por algun tiempo de todo trabajo fuerte y confiarse á los cuidados de la familia que al cabo le restablecieron.

Su carácter no podia avenirse con la inaccion: aunque el cuerpo se hallase debilitado por la fiebre, la actividad del espíritu privilegiado que lo animaba requería un alimento y lo halló adecuado á sus inclinaciones en las Sociedades de San Vicente de Paul y la Juventud Católica. La primera de ellas le contaba de tiempo atras entre sus miembros; en la segunda, de reciente fundacion, se enroló á su llegada del Norte.

La Sociedad de San Vicente perdió al señor don José María Vergara y Vergara, uno de sus mejores socios, cuando sus servicios le eran más útiles como que estaba encargado de la importante seccion destinada á enseñar á los niños y á los pobres las letras humanas y más que todo el camino del cielo. Para reemplazar á Vergara se necesitaba un hombre que uniese como él á la dulzura que vence obstáculos y á la inteligencia para combinar los proyectos, el ardiente celo por las cosas de Dios y el espíritu de iniciativa: el Consejo de la Sociedad buscó ese hombre y no encontró uno que reuniese las requeridas condiciones en mayor grado que CAYZEDO. Fué, pues, elegido director de la Seccion Docente por el tiempo que faltaba para que terminase el periodo reglamentario, y se empeñó en corresponder á la confianza en él depositada. Notoria es la actividad de la lucha empeñada de poco tiempo á esta parte, no en este pobre rincon del mundo sino en el mundo entero, entre los que quieren la educacion cristiana para los niños y los que se empeñan en imponer á las generaciones futuras una educacion oficial destituida de todo elemento cristiano: lucha suprema en que van comprometidos los intereses más caros de la humanidad. CAMILO comprendió la importancia de la cuestion y el único remedio eficaz que puede oponerse al mal y que

consiste en levantar delante de la escuela laica la escuela cristiana, y tomó vivo interes en que la sociedad concentrara toda su atencion en sus dos, hasta ahora tan modestos, planteles de educacion, descuidando, si necesario era, la satisfaccion de otras necesidades á que, segun sus estatutos, debe atender. El que esto escribe creyó entonces (y cree todavía) que CAYZEDO se hacia una ilusion y que los resultados no corresponderian á sus deseos, pero aun en oposicion con él sobre este punto, tuvo ocasion de admirar la paciente perseverancia con que logró hacer adoptar por fin, casi unánimemente por el Consejo, una resolucion que en el primer momento habia parecido, bien que apoyada por respetables socios, descabellada. Una vez adoptada esa resolucion, que consistia en trasladar la casa de asilo de niños al local en que estaba el hospital para dar ensanche á la escuela de varones, el llamado á dar cumplida ejecucion al pensamiento por él mismo concebido, era CAMILO, y en ello trabajaba con ardor, ya reelegido director de la seccion para un año reglamentario, cuando tuvo que ausentarse.

El discurso que pronunció en la sesion solemne de julio fué la última produccion suya que vió la luz pública.

Poco ántes habia pronunciado una de las más nota-

bles conferencias mensuales que se han oído en la Juventud Católica.

Estos trabajos, y los interesantes artículos que como colaborador publicaba en "El Tradicionista" y en "La Caridad," le entretenían, cuando á principios de agosto de 1872 fué llamado por el señor don Nicolas Pereira Gamba para que se hiciese cargo de la gerencia en Honda de su importante casa de comercio, al propio tiempo que de buscar la ruta para un ferrocarril que ligara la navegacion del Alto con la del Bajo Magdalena, interrumpidas ambas por el Salto. CAMILO aceptó sin vacilar y partió: esa propuesta le abría un porvenir quizá proporcionado á su mérito y á sus deseos.

En Honda, como donde quiera, se captó la benevolencia de cuantos le conocieron: fiel á sus comitentes, activo y talentoso, á todo atendía con solícito esmero.

Un dia (el 8 de octubre) por la mañana regresaba de un corto viaje hecho en servicio de la casa, por la orilla del Magdalena, con un solo compañero inexperto como él en el arte de la natacion. Un poco abajo de la ciudad el camino se divide en dos veredas, una más larga que se separa del rio y otra más corta transitable en verano, pero cubierta por las aguas durante las crecientes. CAMILO engañado por un falso informe y deseoso de

llegar pronto tomó la más corta, juzgando que apenas alcanzaria el rio á humedecer los piés de su cabalgadura. De repente el compañero que se habia quedado atras separado del rio por un recodo de la colina, sintió caer un cuerpo al agua, se adelantó y vió solo un ancho remolino: CAMILO y su mula habian desaparecido. Unos momentos despues la mula salió á la superficie y detras el ginete asido de la rienda y haciendo esfuerzos para volver á montar; mula y ginete volvieron á perderse, y al fin la mula sola ganó la orilla: CAMILO se habia hundido para no volver á aparecer. El rio siguió creciendo y no fué posible hallar ni su cadáver.

Tal fué el trágico y prematuro fin que cupo á un jóven tan digno de mejor suerte..... Bendigamos á Dios por todo y respetemos sus arcanos!

Era CAMILO de estatura más que mediana, bien proporcionado y de gallarda presencia. Su barba, no espesa todavía pero sí fina, era negra como los grandes ojos en que se retrataba la belleza de su alma; tenia la frente ancha, el cabello abundante y negro, la nariz bien perfilada, el óvalo de la cara perfecto, la boca pequeña, la tez pálida y algo morena y todas las facciones regulares. Afable y ameno en su trato al propio tiempo que circunspecto, poco amigo de bromas y donaires, de palabra

fácil é iustruccion no comun, tenia ideas netamente católicas y por lo mismo elevadas. Sus costumbres no solo eran arregladas sino austeras: nada propenso á la familiaridad en sus relaciones, enemigo del baile y de las diversiones frívolas ó mundanas, no conoció el teatro; grave y medido en todo, murió puro de los deslices que ordinariamente hallan disculpa en la fogosidad y atolondramiento de la primera juventud.

Tales condiciones debian alejarle naturalmente del mundo é inclinarle á un estado más en armonía con su carácter que el del matrimonio, bien que la ternura con que sabia amar y la enérgica prudencia con que sabia dirigir, hubieran hecho de él un excelente esposo. No sabemos si el primer pensamiento que concibió sobre el estado que debia abrazar se arraigaria en su alma, pero sí hemos visto en algunas de esas cartas impregnadas de caridad cristiana y de ternura filial que dirigia á don Fernando desde Quito, que entónces pensaba más en consagrarse á Dios que en fundar una familia. No obstante la viveza de sus deseos, no se manifestaba resuelto: meditaba, oraba y pedia consejo. "Jamás he sentido," decia á su padre, contestando una carta en que éste le daba su opinion sobre el estado que queria abrazar; "jamás he sentido como hoy toda la inmensidad

de la distancia que nos separa. Cuántas penas! Cuán duplicados sentimientos é inquietudes nos producen la distancia y separacion en que estamos; mas Dios nuestro Señor lo ha querido así: adoremos sus inescrutables juicios. Cuántas veces he volado con el pensamiento y el desèo á su lado, figurándome hallarme cual en otra ocasion, sentado junto á su merced en el sofá de su cuarto y abriendo mi corazon, con el consuelo y tranquilidad de otros tiempos, al mejor de mis amigos!

“Mil gracias sean dadas á nuestro buen Dios que me ha concedido el mejor de los padres! Hoy no me cabe el corazon en el pecho y las lágrimas se me vienen involuntariamente á los ojos: no he hallado otro consuelo que ir á prosternarme en la presencia del Señor.....”

“Cuando recibí su carta no sé lo que sentí: gran consuelo, pena por la que le habia causado la mia, admiracion por el tino con que habia juzgado las cosas.”

Despues de muchas juiciosas observaciones sobre la prudencia con que debe procederse en la eleccion de un estado agregaba: “Espero que habrá recibido una segunda carta mia escrita ocho dias más tarde que la primera, por la cual habrá comprendido que mi resolucion no es tan pronta (que por esto solo seria ya imprudente), pues muy bien sé que mis más sagrados deberes se vin-

culan en la santa familia (que no merece otro nombre) que Dios nuestro Señor me ha concedido, y que si me resuelvo á dejarla ó á tomar un estado en el cual no pueda serle directamente útil, es solo porque estoy íntimamente persuadido de que Dios debe ser ante todo, y que si su Magestad se digna llamarme á tal ó cual estado, debo oír su voz y abandonarlo todo (si es necesario) por seguirlo.....

Habla luego del peligro que hay de hacerse ilusion en la eleccion de carrera, y agrega:

“Cuánto he temido y temo al angel de tinieblas transformado en ángel de luz! Dios nuestro Señor me libre de tentacion tan peligrosa! Creo que las pasiones, y sobre todo el orgullo, saben presentarse bajo las más santas formas para engañar. El orgullo es como la ortiga que, mientras más se procura exterminarla, más se reproduce, y cuando han desaparecido todas las otras plantas queda sola en el campo ocupando los puestos vacantes.”

Hemos preferido esta carta á las producciones más cuidadosamente trabajadas de CAMILO, porque á más de su importancia intrínseca es más bella que todo, es la fotografía de su alma sencilla, piadosa y tierna.

Algo parecido se encuentra en el diario de su viaje á Quito, lleno de juiciosas observaciones morales, que

no copiarémos por no alargar demasiado este escrito, prefiriendo tomar al caso algunas descripciones, ya que no podemos insertar íntegro aquel interesante itinerario.

Para el que no ha bajado jamas de la altiplanicie, la primera vista del valle del Magdalena debe ser sorprendente. Hé aquí cómo la describia CAMILO á los diez y siete años:

“El camino va aquí por una altura que domina una hondonada, por en medio de la cual se ve correr serpenteando el rio, semejante á una gran faja amarilla que hubiese sido puesta allí para adornar el prado. Muchas veces las nubes quedaban más bajas que el camino, entre nosotros y el rio, y despues de ocultárnoslo un poco, se rompian dejándonos ver por entre los rotos pedazos el valle de fantásticas formas. Algunos pueblos que alcanzábamos á ver desde la altura, las faldas verdes de la cordillera central y las cimas azules de los montes más lejanos, completaban el cuadro.”

Habia bajado el Magdalena hasta Calamar, observando el contraste entre el vigor de la naturaleza y la decadencia del hombre; los pueblos sin sacerdotes y sin altares, las salvajes orgías de los pueblos negros. La pintura de un dia de navegacion por el Dique de Cartagena yale la pena de copiarse. Dice así:

“Fué ésta una de las noches más deliciosas de mi vida. En vano intentaría expresar lo que en ella sentí. El silencio de la noche interrumpido apénas por el golpe de los remos y de cuando en cuando por el canto de los bogas; el cielo sereno cuya hermosura no empañaba la más ligera nubecilla, la luna llena que apareció difundiendo sobre todos los objetos una luz apacible y tranquila, la quietud y transparencia del agua que reflejaba los troncos secos esparcidos acá y allá como gigantes, todo me hacia recordar con profunda emocion el hermoso cántico de los tres hebreos en el horno de Babilonia en que invitan á toda la naturaleza á bendecir al Señor.”

La mayor parte de las producciones de CAYZEDO que vieron la luz pública son de género muy diferente: artículos de polémica sobre cuestiones económicas y sociales ó escritos didácticos. Su estilo en esta clase de escritos era correcto y claro, demostrando siempre un gran fondo de juicio; sus ideas, elevadas; su locucion sencilla.

CAYZEDO, como escritor, formaba parte del pequeño pero escogido grupo de jóvenes que han recogido la pluma que escritores acreditados dejaron caer ántes de tiempo, para defender con brio la santa causa del cato-

licismo, y todas sus obras respiran entusiasmo por esa causa, todas están recargadas de reflexiones morales.

Temas morales forman tambien, por lo comun, el asunto de sus composiciones poéticas, en las cuales la delicadeza del sentimiento compensa los defectos que acaso pudieran hallar los críticos en la forma. Copiamos á continuacion de este escrito algunas muestras.

Como epílogo solo podemos agregar ya la revelacion que un respetable jesuita ha hecho á don Fernando al saber la muerte de CAMILO. Despues de darle el más sentido pésame, de referirle, como muchos otros, la impresion que ha causado en el Colegio de Quito la noticia y hablarle de los funerales que allí se le hicieron, agrega el Padre Navarro:

“Despues de haber escrito lo que precede, he creido no deber privar á V. de un grandísimo consuelo. Dudé si podria hacerlo, pero el Padre Superior dice que no hay inconveniente. Es el caso que por mucho tiempo fuí confesor de CAMILO, y no encontraba materia de absolucion, debiendo contentarme con darle la bendicion para que fuese á comulgar.”

J. B. O.

UNIVERSIDAD

POESIAS.

EAFFIT[®]

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

POESIAS.

LA NOCHE.

El sol su fuego ardiente
Calma, y susurra por la suave grama
Y refresca el ambiente
El aura que embalsama
Con los perfumes de las flores que ama.

Viene la noche hermosa,
Y los astros alumbran esplendentes
La esfera, y en la hojosa
Selva, de las pendientes
Bajan triscando cabras inocentes.

Serena y refulgente
Febe se muestra y al zenit camina,
Y hace ver, débilmente
En la onda cristalina
Reflejados, arbustos y colina.

Sopla el viento suave,
Cambiando rizos en fontana pura,
Mece su nido el ave
Y el pastor la llanura
Deja tranquilo, y de su grey no cura.

Y en grato caramillo
Canta inocente de su amor la pena,
Y en el eco sencillo,
Oír á Filomena
Cree, que burlando, le responde appena.

De la marina gente
Se oye á lo léjos el cantar sabroso;
Que el cuidado la frente
No turba, ni medroso
Hace que el pecho lata congojoso.

Tierna grama se agita,
Y su débil susurro en la pradera
El blando són imita
Del agua que ligera
Azota, murmurando, la ribera.

Yo en tanto reclinado
A la sombra del álamo frondoso,
Y ajeno del cuidado
Que agita al poderoso
Privándole del sueño y del reposo;

No envidio al sibarita
Que descansa enervado en blando lecho,
Ni al necio que se agita
En su loco despecho
Juzgando á su ambicion el mundo estrecho.

Quito, 1867.

A UN ARROYO.

¿ Dó tu pasó encaminas,
Pobrecillo arroyuelo ?
¿ Tal vez al cieno inmundo
Te diriges ligero
Mientras huyes esquivo
De los esmaltes bellos
Que el prado en su hermosura
Te brinda lisonjero!
Y al correr no reparas,

En tu delirio necio,
Que te hallarás muy pronto
Perdido sin remedio,
Y que el cieno tus linfas
Enturbiará, que ciego
Tus gracias, envidioso,
Amancilla riendo ;
Y que al tornar festivo
De nuevo al prado ameno,
Las rosas entreabiertas
Y los capullos tiernos,
Y la grama y tomillo
De suave aroma llenos,
Tus gracias esquivando,
Huirán dejando yermos
Los campos que en tus aguas
Fecundáran su seno.
Viva imágen del hombre
Que, de ilusiones lleno,
El placer busca ansioso
En el inmundo cieno,
Y engaños solo encuentra
Y pesar y desprecios.

Quito, 1867.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental